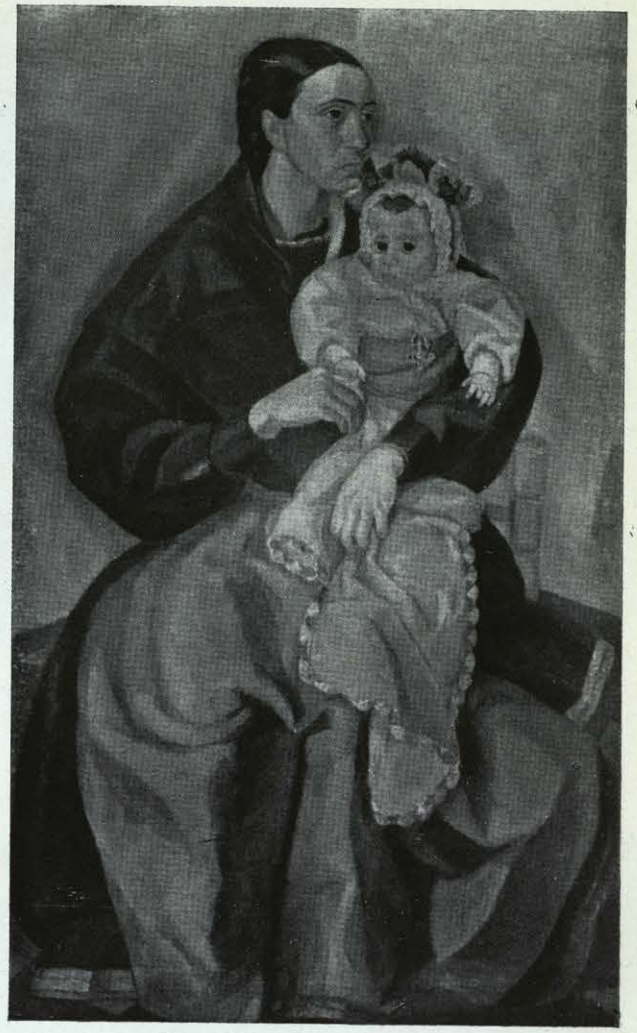
Vázquez Díaz es antiandaluza, por antibarroca. De la "quinta" de López Mezquita, de Salaverría, de Romero de Torres, de Roberto Domingo, de Néstor, de Beltrán Massés, Vázquez Díaz viene a ser en estas carnestolendas de las últimas consecuencias del impresionismo, el miércoles de ceniza, el gris sobre la carne y el sayal raído. Ayuno y abstinencia en el festín colorista, ahorro de materiales, contención.

Aunque no lo siguiese, algo del credo purificador del cubismo (de cuya génesis parisina Vázquez Díaz da fe notarial), quedó en su manera de entender la pintura. Particularmente en sus paisajes urbanos, la arquitectura está reducida a las aristas elementales preconizadas por los cubistas. Volúmenes blancos, destacados sobre el azul del cielo o del mar, sobre el gris verdoso y vegetal, superficies planas, paralelepípedos vistos desde el marco recortadamente lineal de una ventana.

Sólo en un tema acusa Vázquez Díaz su voluntaria filiación hispana pintoresca: en los retratos de toreros, a los que él da una seriedad transcendente de guerreros. Campeadores de la muerte habría que llamar a estos héroes taurómacos pintados por Vázquez Díaz.

Muchos años de trabajo fecundo, muchos años de entrega a una única pasión: la Pintura. Ochenta cumplidos del joven Vázquez Díaz.



Juan March, el "Nobel" español

En el transcurso de muy pocas semanas, fallecieron en Madrid tres de los más considerables financieros españoles, de esos cuyas fortunas son unas cifras con tantos ceros detrás que hace muy difícil poderlas leer a primera vista. De los tres, sólo uno de ellos ha producido conmoción popular, tanto nacional como internacional. Y no fué porque se tratase del que poseía mayor número de caudales, sino porque su nombre se había unido desde hace algunos años a una empresa cultural sin precedentes en nuestra patria.

Juan March, el "Nobel" español. No hay calificación más exacta, ni que pueda darnos con menos palabras definición precisa de lo que alcanzó a ser en los últimos años de su vida. Muy verdad es, que el mejor negocio (de los muchos y fabulosos que llevó a cabo en su dilatada peripecia humana) de Juan March, ha sido la Fundación de su propio nombre. Sin ella, su vida hubiese quedado como fantástica aventura, difícil de creer muchas veces, pero sin esa aura imperecedera con que se iluminan para la posteridad los filántropos.

¿Quién sabe hoy con certeza lo que Nobel inventó? Si hiciésemos la pregunta a gentes no cualificadas, es seguro que el 90 por 100 no sabría decirnos nada sobre la gelatina explosiva ni sobre la dinamita. Sin embargo, todos responderían: "Fundó unos premios mundiales". El nombre del químico sueco es conocido hoy más por su Fundación que por el de sus hallazgos en el terreno de la investigación.

Seguramente con Juan March pase otro tanto transcurridas algunas décadas y la gente de la calle ya lo ha intuído así, estableciendo el paralelismo entre el sabio nórdico y el hombre de empresa mallorquín. El hombre tiende por todos los medios a sobrevivir y si con la "Fundación Juan March" su recuerdo queda vivo en las generaciones futuras, es bien cierto que realizó el mejor de los negocios de todos.

Algunas gentes, mal pensadas en exceso, aseguran que los millonarios norteamericanos establecen tantas Fundaciones culturales y filantrópicas, porque con los millones empleados en ellas sustraen al Fisco más de lo que invierten; sin tener en cuenta, además, el renom-

bre que ganan en la operación. Esta es una manera grosera de ver las cosas, pues no es sólo cuestión de millones, sino de otra clase de interés más noble y elevado.

En el caso de Juan March queda demostrado su verdadero amor de padre, cuando sabemos que sus primeras palabras después del accidente automovilístico, fueron para "su" Fundación. Con toda urgencia quiso que se formalizase la cesión de otros mil millones de pesetas, con lo que se doblaba el capital con que había dotado a su empresa de cultura. Muchos artistas y escritores han podido realizar ya obras importantes gracias a las ayudas "March"; otros muchos serán beneficiados en el futuro. Las bellas artes, la investigación, la poesía españolas nunca habían encontrado un protector tan seguro ni tan permanente.

Este es el único documento pictórico obtenido de Juan March en su lecho de muerte. En él ha conseguido el pintor Gregorio Prieto una rara semejanza con el perfil de Savonarola pintado por Giotto. Inédito hasta ahora este retrato del filántropo español, se publica por cortesía del pintor para con nuestra Revista.

Lucio Muñoz, gana el concurso para decorar el Santuario de Aranzazu

Parece que el destino haya signado a los Concursos para la basílica de Aranzazu con manifiesta polémica. Tres han sido ya los que se llevan realizados para concluir el nuevo santuario de las montañas guipuzcoanas, y todos ellos han levantado polvaredas de comentarios, protestas y apasionadas opiniones.

Ya se sabe que donde anda desatada la pasión, es difícil opinar sensatamente y ésta fué la razón principal de que las esculturas que Oteiza proyectó para la nueva basílica no llegaran a tomar forma definitiva. La inútil polémica promovida entonces llegó hasta la Comisión de Arte Sacro del Vaticano, quedando sin realizar tanto la parte escultórica como la pictórica de la nueva iglesia, obra de Sáinz de Oiza y Luis Laorga.

El fallecimiento prematuro de Carlos Lara, ganador del otro concurso pictórico, aún complicó más las cosas y en este estado se convocó el nuevo Concurso que ahora acaba de fallarse.

Cuarenta y dos han sido los artistas que enviaron los bocetos, de los ciento trece que se inscribieron al mismo, entre éstos cuarenta y dos se ha discernido el premio, que ha recaído en el proyecto presentado por el pintor Lucio Muñoz.

Cinco accésits han sido también distribuídos a los artistas siguientes: Manuel Villaseñor, José Luis Sán-